SERIE 2026

piebs



# EL EVANGELIO INCONTENIBLE

El evangelio incontenible
“Encadenado, pero no silenciado”
Copyright © 2026

---

Solicitud de información:
Primera Iglesia Evangélica bautista de Santiago
Compañía de Jesús 1730, Santiago de Chile

Creación y Redacción: Pr. Andrés Santibáñez O.
Diseño y Diagramación: Matías Campos J.
Desarrollo editorial de la Primera Iglesia Evangélica Bautista de Santiago.

Todas las citas bíblicas de esta versión, salvo indicación contraria, proceden de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI®). Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional.
Usado con autorización de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse, almacenarse en un sistema de recuperación ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio (eléctrico, fotocopia mecánica, grabación o cualquier otro), salvo una breve cita en reseñas impresas, sin la autorización previa del editor y el autor.

www.piebs.cl



*A la noche siguiente, el Señor se apareció a Pablo y le dijo: «¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma.*

**Hechos 23:11 (NVI)**

CAPÍTULO VII

# ENCADENADO, PERO NO SILENCIADO



En Hechos 21 hasta 24, el relato cambia de ritmo. Hasta aquí el evangelio avanzaba hacia afuera: cruzaba el mar, aprendía idiomas nuevos, se instalaba en ciudades enteras. Ahora el movimiento se invierte. Pablo deja de moverse hacia las naciones y empieza a moverse hacia adentro: hacia Jerusalén, hacia el tribunal, hacia la celda. El mensajero que antes recorría el Imperio libre termina estos cuatro capítulos encadenado. Pero el mensaje que lleva, no.

En los capítulos anteriores no encontramos con Pablo despidiéndose de los ancianos de Éfeso en una playa, advirtiéndoles sobre lobos y sobre sí mismos. Ahora ese mismo Pablo sube a Jerusalén sabiendo, según ya había confesado, que le esperan prisiones y sufrimientos (Hechos 20:23). En Tiro encuentra discípulos y se queda con ellos una semana (Hechos 21:4). No es una mera escala técnica, es tiempo de comunidad que lo sostendrá antes de la tormenta. En Cesarea baja el profeta Ágabo, toma el cinturón de Pablo, se ata de pies y manos, y anuncia lo que vendrá (Hechos 21:10-11). Todas las personas lloran y le ruegan que no suba. Pablo no cede al miedo ajeno ni al propio: *"Como no se dejaba convencer, desistimos, exclamando: —¡Que se haga la voluntad del Señor!" (Hechos 21:14).* Esa frase no es una simple resignación. Es la expresión de libertad de quien ya decidió a quién pertenece su vida.

En Jerusalén, Santiago y los ancianos reciben a Pablo con alegría, pero también con una preocupación real. Circulan rumores de que enseña a los judíos de la diáspora a abandonar las enseñanzas de Moisés. Le proponen acompañar a cuatro hombres en un voto y pagar

sus gastos, para demostrar en público que la acusación es falsa. Pablo acepta. No porque necesite la Ley para ser salvo, sino porque es lo bastante libre en Cristo para ceder en lo secundario sin ceder el evangelio. La libertad cristiana, aquí, no se mide por lo que uno se niega a soltar, sino por lo que puede soltar sin perder lo esencial.

El gesto no compra la paz. Unos judíos de Asia lo ven en el templo, gritan que ha profanado el lugar santo trayendo a un gentil, y en minutos toda la ciudad se alborota. Lo sacan arrastrándolo dispuestos a matarlo, hasta que interviene un comandante romano con soldados. Pablo, encadenado, pide hablar. Le conceden el permiso, y cuenta su historia: quién era antes de Damasco, cómo perseguía a muerte a los seguidores de este Camino, cómo el Señor mismo lo detuvo en el camino, y cómo en el templo, orando, recibió la orden: *"Pero el Señor me respondió: Vete; yo te enviaré lejos, a los no judíos". (Hechos 22:21).* La multitud lo escucha en silencio hasta esa palabra, "Gentiles". Lo que rompe la paciencia y vuelve el grito de muerte. Es fácil tolerar el testimonio de un converso mientras hable de su propio pasado. Lo que no se tolera es que ese testimonio incluya a quien antes no tenía lugar en la mesa.

El comandante ordena azotarlo para sacarle la verdad a golpes. En ese momento Pablo menciona su ciudadanía romana. La orden se detiene en seco. Al día siguiente lo llevan ante el Sanedrín. Ananías, el sumo sacerdote, manda golpearlo en la boca sin que haya dicho fuera de lugar. Pablo lo llama pared blanqueada: limpia por fuera, corrupta por dentro. Después hace algo que puede leerse como estrategia o simplemente

como honestidad: sabiendo que la sala está dividida entre fariseos y saduceos, declara que se le juzga por su esperanza en la resurrección. El tribunal, convocado para juzgar a un hombre, termina discutiendo entre sí sobre si existe o no la resurrección de los muertos. El comandante, otra vez, tiene que sacarlo por la fuerza antes de que lo hagan pedazos. (Hechos 23:10).

Y esa misma noche, en la celda, sin audiencia ni escenografía, ocurre lo que sostiene el resto del libro: "A la noche siguiente, el Señor se apareció a Pablo y le dijo: ¡Ánimo! Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, es necesario que lo des también en Roma" (Hechos 23:11). No es una promesa de rescate. Es la certeza de que la misión sigue en pie, aunque el cuerpo esté preso. Cristo no le dice a Pablo cuándo saldrá; le dice que a pesar de su presente llegará a destino.

Al día siguiente, más de cuarenta hombres juran no comer ni beber hasta matarlo. El sobrino de Pablo, sin protagonismo ni discurso, se entera y avisa. Eso basta. El comandante Lisias moviliza cerca de cuatrocientos setenta soldados de noche para trasladar a un solo prisionero a Cesarea, y escribe una carta al gobernador Félix, admitiendo lo que descubrió: "no había contra él cargo alguno que mereciera la muerte o la cárcel" (Hechos 23:29). La providencia de Dios, otra vez se hacía presente. En Cesarea empieza el juicio político. El abogado Tértulo abre con adulación hacia Félix y acusa a Pablo de ser una plaga, cabecilla de la secta de los nazarenos, profanador del templo. Pablo responde con calma y precisión, y en medio de su defensa hace una confesión: *"Esto sí confieso: que adoro al Dios de nuestros antepasados*

*siguiendo este Camino que mis acusadores llaman secta [...] Tengo en Dios la misma esperanza que estos hombres profesan, de que habrá una resurrección de los justos y de los injustos" (Hechos 24:14-15).* La resurrección no es un tema marginal para Pablo. Es el suelo bajo sus pies. Si no hay resurrección, mejor comamos y bebamos, porque nada de esto tendría sentido, ni el voto en el templo, ni el cinturón de Ágabo, ni la celda, ni el viaje a Roma.

Félix conoce bastante del Camino y aplaza el caso. Semanas después llama a Pablo con su esposa Drusila para escucharlo hablar de la fe en Cristo. Pablo no suaviza el mensaje para la ocasión. Habla de justicia, dominio propio y el juicio venidero. *"Félix tuvo miedo y dijo: ¡Basta por ahora! Puedes retirarte. Cuando sea oportuno te mandaré llamar otra vez" (Hechos 24:25).* El texto es honesto sobre el motivo real del aplazamiento: Félix espera un soborno. Llama a Pablo con frecuencia, conversa con él, pero nunca decide. Pasan dos años así. Félix es sucedido por Porcio Festo, y por quedar bien con los judíos, deja preso a un hombre que ya sabía inocente.

Ningún tribunal en estos capítulos hace justicia real. El Sanedrín golpea antes de escuchar. Los cuarenta juran matar sin proceso. Félix conoce la verdad y la posterga por conveniencia. Y, sin embargo, el evangelio no depende de que esas instituciones funcionen bien. Depende de que Cristo siga presente cuando ellas fallan. Esa es, quizás, la lección más incómoda de esta sección. Nuestra esperanza no puede descansar en que el poder religioso o el poder político hagan lo correcto. Ningún político va a traer el reino de Dios a la tierra. Esa tarea le fue confiada a la Iglesia.

1. Pablo cedió en un asunto secundario, el voto en el templo, para no dar motivo de división, sin ceder el evangelio. ¿Sé distinguir en mi propia vida qué es evangelio y qué es simplemente mi manera de hacer las cosas?
2. La multitud toleró el testimonio de Pablo hasta que mencionó a los gentiles. ¿Hay algún grupo de personas cuya inclusión en la gracia de Dios todavía me incomoda escuchar?
3. Cristo se le apareció a Pablo en la celda, de noche, sin resolver aún su situación legal. ¿Espero que Dios me hable solo cuando ya salí del problema, o puedo reconocer su palabra en medio de él?
4. El sobrino de Pablo, sin cargo ni protagonismo, evitó un asesinato con una sola frase dicha a tiempo. ¿Estoy dispuesto a ser ese tipo de agente ordinario de la providencia de Dios, aunque nadie recuerde mi nombre?
5. Félix conoció la verdad, sintió temor, y aun así postergó la decisión por conveniencia durante dos años. ¿Qué verdad de Dios he escuchado con claridad y sigo aplazando porque decidir me costaría algo?
6. Pablo edificó toda su defensa sobre la esperanza de la resurrección, no sobre su inocencia legal. ¿Mi propia fe descansa sobre esa misma esperanza, o depende de que las cosas me salgan bien en esta vida?

## Conclusión

Hechos capítulos 21 al 24 narra el tramo del libro donde el evangelio deja de expandirse geográficamente y empieza a resistir institucionalmente. Pablo entra a Jerusalén libre y sale de estos capítulos prisionero de Roma, pero ni una sola vez el texto lo presenta como una víctima de la historia. Cada tribunal, cada motín, cada aplazamiento sirve, sin saberlo, al mismo propósito que Cristo anunció en la celda, que Pablo testificara en Roma.

El patrón que Lucas ha venido narrando desde Antioquía se confirma aquí de la manera más dura. Dios no necesita instituciones sanas para cumplir sus Palabras. Las usa cuando funcionan y las rodea cuando fallan. Un comandante pagano, un sobrino sin nombre, una carta escrita a medias. Todos terminan sirviendo al mismo destino, sin que ninguno de ellos lo busque.

Lo que sostiene a Pablo en la celda no es la certeza de que el sistema judicial romano vaya a hacer justicia. Es la certeza de que Cristo ya habló, y que ninguna sala de tribunal, ninguna oferta de soborno, ningún aplazamiento humano puede cancelar lo que Él ya dijo. Ese es el mismo suelo que sostiene la esperanza cristiana hoy, no la

promesa de que los poderes de este mundo funcionen bien, sino la certeza de que hay una resurrección de los justos y de los injustos, y que todos, tarde o temprano, compareceremos ante el único Juez que sí juzga con justicia.

Lo que viene ampliará aún más el escenario. Pablo apelará al César, comparecerá ante el rey Agripa, naufragará camino a Roma y llegará finalmente a la ciudad que Cristo le prometió en la celda de Jerusalén. La historia no ha terminado. La pregunta que deja esta sección, dicha desde una celda y no desde un púlpito, sigue vigente: si Cristo ya prometió que llegarás a donde Él dijo, ¿por qué sigues actuando como si el veredicto dependiera de una acción humana?




piebs